

la Iglesia, y no lo hacen de robar los altares: de la misma manera, luego que una persona se determina á guardar su alma de toda carnal impureza, inflexible á todos los asaltos, ó propios, ó ajenos, que intenten vencerla, aumenta los ayunos, redobla los ejercicios devotos, y las visitas de los Templos: se llega dos veces en la semana á la Sagrada Mesa de la Eucaristía; acaso ya con esto le parecerá que es un vaso escogido de toda virtud; pero pregunto yo ahora, ¿perdona de corazón á sus enemigos? ¿Paga sus deudas? ¿Trata mal, y con soberbia á los criados, y dependientes de su casa? ¿Es delicada su conciencia en orden á la hacienda de otros? ¿O Señor! en nada de esto repara; y halla tales razones, que parece que la ley de la caridad, y de la justicia, que obliga á todos los demas Christianos, á él solo dexa exento. Si su voluntad no buscarse otra cosa que el agradar á Dios con sinceridad, presto se iluminaria su entendimiento, así en este como en otros puntos. Lo mas extraño en esta materia es, que no falta gente que corre, y está pronta á hacer buenas obras de supererogacion para agradar á Dios, y despues no se detiene en dexar de hacer las que manda el mismo Señor. No es esto lo que debe hacerse: primero vienen los preceptos, despues los consejos: antes se debe satisfacer á los operarios, y pagar las deudas, y despues hacer limosna: antes perdonar al próximo, y presentarse despues ante el Santo Altar; y así discurriendo de otros semejantes casos.

CAPITULO XII.

Del apetito universal, que se llama amor propio, ó del apetito de la felicidad.

§. I.

Hemos tratado ya del cuerpo, como de una causa, que influye bastantemente en nuestras acciones morales; pasemos ahora á tratar precisamente del alma, que es el principio verdadero, y propio de estas mismas acciones, para observar exáctamente cuál sea el principio que la mueve á poner en práctica tantas acciones, ya buenas, ya malas, ó ya indiferentes. La vida del hombre (todos lo experimentamos) es una continua feria, y gran mercado de pensamientos, en que trafica, y comercia el entendimiento humano, tanto el del ignorante, como el del docto; y de estos pensamientos se pasa á las obras quando se puede; y no pudiendo, apacientan por lo menos, y divierten esta potencia activa; exercitándola unas veces con gusto, y otras con desagrado. Aun los mismos ociosos, y solitarios, segun esta cuenta, jamas están en ocio, ni reposan: porque aun entonces llevan á paseo sus cerebros, ó fantasías al dilatado campo de varios pensamientos, ó útiles, ó agradables, ó desagradables, ó vanos; y á falta de otra cosa, piensan en el placer, ó disgusto que entonces les ocasiona el ocio, ó la soledad. Andamos ademas de esto los hombres continuamente deseando alguna cosa, ó bien con deseos que sentimos, y conocemos, ó bien con deseos incógnitos, y oscuros, porque entonces no reflexionamos sobre ellos. Tambien nuestra voluntad está siempre en movimiento, derramada en mil apetitos, y deseos, de los quales conviene que hablemos ahora. En muchas especies se divide la numerosa caterva de los apetitos humanos, como despues veremos; pero si aten-

tamente registrásemos los movimientos de nuestra voluntad, hallaríamos que todos estos apetitos se reducen á uno solo, del qual como de un tronco salen los ramos de todos los otros, que aunque tengan diverso nombre, son una misma cosa efectivamente. Digo, pues, que el amor de nosotros mismos es el origen, el primer motor, ó el primer mobil de todos nuestros apetitos, ó por mejor decir, es nuestro apetito único, y solo, el qual se transforma en mil modos diversos, y nos mueve para obrar tan diversas acciones, siendo este el grande, y primer eslabon de quien descienden, y á quien están unidos todos los otros, que componen la hermosa, ó fea cadena de todos aquellos movimientos diferentes que dependen de la voluntad del hombre. Ello es cierto, que en la opinion de algunos Teólogos, ó Filósofos Morales, se halla este amor propio, ó este amor de nosotros mismos, delineado, y pintado solamente con malos, y desagradables colores, como que lo reputan por origen, y fuente de todos los males morales, y de todos los pecados que inundan el mundo. No dexaré de poner á la vista muchos de sus perversos efectos; porque sería imposible el señalarlos todos. Pero entre tanto paso á establecer, y afirmar, que este mismo amor es el principio de toda operacion moral, y es al mismo tiempo innato, y propio de toda criatura racional, y lo que es mas, dado, ó impreso en su alma por el Sapientísimo Autor de la Naturaleza; y por tanto es en sí mismo bueno, útil, necesario, é indispensable en el hombre: y qué digo yo en el hombre solo? lo observamos tambien en los mismos brutos, y en qualquiera alma sensitiva; porque este principio, esta ley universal de buscar el plaçer, de amar la comodidad, de huir el peligro, y amarse á sí mismo, es comun á todos. Llámese, pues, instinto en las criaturas irracionales este oculto muelle, ó rueda maestra, siempre las tiene en movimiento: dénese tambien otros nombres, segun las varias opiniones de los Filósofos, y de qualquier modo que sellame, siempre será

cier-

cierto, que así como el hombre conviene en muchas cosas con los brutos, así tambien conviene en amarse á sí propio. Toda la diferencia que hay entre hombres, y brutos, consiste solamente en que el hombre conoce que se ama, porque está dotado de entendimiento, y de razon, y con la luz, y socorro de esta está obligado á regular bien su amor propio; y si no lo hace, carga con el injurioso título de ser semejante á las bestias, y merece vituperio, y castigo.

§. II.

POR tanto se engañaría mucho el que con una sentencia, y decision general condenase el amor propio en el hombre; porque este está identificado, por explicarme así, con nuestra naturaleza; de modo, que el querernos, ó no querernos bien á nosotros mismos, no depende del libre albedrío de nuestra voluntad, porque se halla en nosotros una fuerza interior, que nos obliga á este amor propio. Ni dexamos de amarnos, aun quando hacemos cosas, que redundan en daño nuestro, porque entonces obramos engañados, teniendo en aquel punto por bien nuestro, lo que en la realidad no es sino mal: por tanto se han apartado del recto conocimiento del hombre, y confundido en la variedad de cosas, todos aquellos, que queriendo sutilizar demasiado, y afinar la vida espiritual, han enseñado que nuestro amor propio puede, y debe destruirse, y aniquilarse totalmente, sin considerar que esto es imposible, y que el mismo Dios, mandando que amemos al próximo como á nosotros mismos, de consiguiente ha reconocido por un apetito honesto, y bueno, que el mismo Señor nos ha dado el amor que tenemos á nosotros mismos; por lo que las frases de que usa el Divino Maestro, quando dice que debemos aborrecernos á nosotros mismos, es un modo de hablar figurado, y no propio; así como es tambien una frase figurada, quando nos exhorta, ó manda el mismo

N 4

Se-

Señor, que aborrezcamos al padre, y á la madre; que nos cortemos el pie, y saquemos el ojo, quando nos hacen prevaricar, y caer en pecado. La obligacion de aborrecer nuestras cosas, y á nosotros mismos, nada otra cosa significa, segun los Santos Padres nos lo enseñan, sino es que debemos mortificar, ó abandonar todo aquello que nos puede apartar, ó impedir el amor, y la obediencia que debemos á aquel buen Dios, á quien estamos obligados á amar sobre todas las cosas. Por lo demas el amor de Dios no excluye el de nosotros mismos; antes bien jamas nos amamos tan dignamente, y tan bien, como quando amamos á Dios de todo corazon, y estamos prontos á hacerlo todo por su Magestad, aborreciendo, y abandonando quanto puede serle desagradable.

§. III.

POR tanto, quando oimos que los Santos, y Maestros de espíritu gritan, y declaman contra el amor propio, no es su intencion el reprobar generalmente este natural, necesario, y laudable apetito del hombre: solamente disparan en semejantes declamaciones sus saetas contra el amor desordenado de los hombres mismos, los quales no aman lo que deberian amar, ni como conviene á personas dotadas de razon. Divídese, pues, en dos especies la numerosa caterva de movimientos, que comunmente observamos en los hombres. Unos se hacen en nosotros sin nosotros mismos; esto es, sin que concorra á ellos nuestro libre albedrío, como son el tener sed, hambre, crecer en estatura, y otros movimientos semejantes, que no son acciones humanas propiamente, siendo solo acciones animales, producidas por el cuerpo animado, y en ese mismo cuerpo, segun las leyes con que el Sapientísimo Arquitecto de todo lo criado, gobierna, y regula estas admirables hechuras suyas, que se mueven por sí mismas. Estos tales movimientos no dependen de la libre voluntad del hombre; pues aun re-

pug-

pugnándolo esta, se ponen en práctica. De esta casta de movimientos, ó por lo menos semejante á ellos, viene á ser nuestro amor propio; porque no podemos menos de tener siempre este universal impulso de amor propio á que nos inclina con vehemencia nuestra voluntad; de manera, que para destruirlo sería necesario destruir primero la voluntad misma, sin la qual el alma racional no sería alma. La otra especie de nuestros movimientos incluye todos aquellos que están baxo la potestad de nuestro libre albedrío; esto es, que podemos hacerlos, ó dexarlos de hacer, y consiste especialmente en nuestras particulares acciones. Muchas veces tenemos hambre contra nuestra voluntad; pero está en nuestra mano, quando encontramos comida, el comer, ó no comer, y el tomar mas presto de este manjar que del otro. Lo mismo debe decirse del amor propio, esto es, de aquel movimiento intrínseco de la voluntad humana, que es esencial, é inseparable de ella. Es cierto que por la constitucion de nuestro ser, y nuestra naturaleza estamos necesitados á amarnos á nosotros mismos; pero quando llegamos al exercicio de este amor en particular, todo depende de nuestra libre eleccion, pudiendo nuestra voluntad, que continuamente se halla movida de este amor, querer, ó no querer un objeto, ó hacer esta accion, y no la otra. Ademas de esto, es necesario saber que el Sapientísimo Autor del universo ha establecido un orden bellísimo entre todas las criaturas que ha echado sobre la tierra; pero mas especialmente ha señalado este orden á las acciones del hombre, por ser este la mas noble, y principal de todas ellas. La misma razon nos demuestra esta verdad, y nos la hace mas cierta la divina revelacion. Qualquiera que en su modo de obrar, y en las elecciones de su voluntad observa este orden con la debida exáctitud, se ama sabia, y prudentemente á sí mismo, y no padece engaño. Al contrario, el que voluntariamente quebranta este orden, despreciándolo, ó haciendo poco caso de él, este locamente se ama á sí mis-

mismo , y comete un pecado , mereciendo por esto un justo castigo del Legislador Supremo , y muchas veces tambien de los hombres.

§. IV.

Consideremos, pues , qualquiera accion voluntaria del hombre , y hallarémolos que el amor propio es quien la dirige , y la quiere. ¿ Trabaja este? ¿ Pasea , estudia , va á la guerra ? Pues el amor propio es el que le guia , y dirige en semejantes acciones. ¿ Se pone á comer , piensa en casarse , trata de negocios , hace oracion , ayuna , &c? Todo esto proviene del amor propio , todo se origina , y nace de aquel principio interno , que de mil maneras va moviendo , solicitando , ó refrenando al hombre , y le hace producir tantas , y tan diferentes acciones , ó lo contiene , y refrena para que no haga otras tantas. ¿ Roba aquel otro , quita la vida á su enemigo , desfoga su pasion luxuriosa , monta en cólera , y soberbia , hace usuras , monopolios , conjuraciones , &c? Tambien aquí el amor propio es el autor de todo esto , comandándolo la voluntad impelida , y espoleada por él mismo , no menos para estas acciones , que para las que dexamos arriba dichas ; pero con una muy notable diferencia , que aquellas primeras procederán todas del amor propio bien regulado , y estas segundas del mismo amor propio , pero desordenado , y vicioso ; y consiguientemente estas últimas desagradarán á los hombres , pero mucho mas al mismo Dios. El amarse solamente á sí mismo , y no á Dios , y á los demas hombres juntamente , ó el amar desordenadamente á los hombres , ó á otras criaturas , esto es lo que hace culpable , y despreciable aquel amor , que por sí mismo , y en sí es un apetito inocente , y muy racional. ¿ Pero que cosa es la que propriamente quiere , y desea este nuestro amor? Dexámos ya dicho que nuestra voluntad , aunque dotada de libre albedrío , con todo , como intrínsecamente está gobernada

da del amor de nosotros mismos quando quiere , quiere solamente aquello que le dicta , y ordena este apetito maestro ; pero á proporcion de las luces verdaderas , ó falsas que el entendimiento le suministra. Así lo experimentamos de hecho cada uno de nosotros. Son infinitos los deseos nuestros , que andan volando de aquí para allí , de los cuales algunos ponemos en execucion ; pero si los metemos todos á la prueba del crisol , ninguno hallarémolos que no se dirija á algun objeto , que de alguna manera dexa de ser medio , ó fin secundario para hacernos lograr el fin primario , que es la felicidad de nosotros mismos. Si estudiamos , si fabricamos , si trabajamos , ó compramos , es el amor propio el que nos hace obrar de este modo. Esto , nos dice él , es bueno para tí ; esto te hará feliz ahora , ó despues. Si emprendemos algun viage , si nos metemos á jugar , ó á comer , si frecuentamos las antecámaras de los Grandes , y Señores , si estudiamos , ó estamos atareados en alguna contaduría , ó tenemos entre manos otros mil negocios , toda es obra de nuestro amor propio , que creyendo hacernos felices , ó de presente , ó en lo succesivo , nos incita , y solicita á hacer todo esto : en una palabra , todos nuestros pensamientos , movimientos , y deseos solo tienen por término , y fin el buscar entre tantas , y diversas cosas , una sola , esto es , algun bien nuestro , ó alguna felicidad. Este es el continuo viage , y afan del docto , y del ignorante , de los Filósofos , y de los idiotas , sirviendo en este viage á cada uno de conductor , y consejero aquel amor que todos , sin que nadie nos enseñe , tenemos á nuestro ser propio , ó á nosotros mismos. Hay con todo eso una considerable diferencia entre esta suerte de personas ; porque el sabio suele tomar el camino mas derecho , y mejor , que lo conduce á la felicidad , y el necio , y aturdido aquel que lo lleva al término opuesto. El primero sigue siempre la luz de la razon , y hace que á ella esté sujeto el apetito sensitivo , quando el segundo , sin escuchar los consejos de la razon

misma, sigue solamente los movimientos de la imaginación, y sentidos falaces, y el impulso de las pasiones. Pero entre tanto es ciertísimo, que aun aquellos que precipitadamente, y aun con los ojos abiertos se arrojan, y despeñan en el abismo de miserias, y desgracias, no son estas las que buscan entonces, sino antes bien alguna felicidad. Este es el objeto de sus deseos, y en esto no van errados: su engaño, y error consiste precisamente en la perversa elección de los medios, ó en juzgar, y tener por felicidad la que está bien lejos de serlo, ó de ser felicidad verdadera, durable, y perfecta. Pregúntese á todos los jóvenes, y aun hasta los mismos infantes, qué cosa es la que desean generalmente. Acaso no responderán lo que por ellos responderé yo; pero el fin, y substancia de su respuesta será, que desean, y suspiran por estar bien quanto les sea posible en este mundo; esto es, de vivir bien, y con toda comodidad, de satisfacer todos sus apetitos, apartando de sí quantas cosas puedan molestarles, admitiendo las gustosas, y placenteras solamente. Hasta aquí no son dignos de reprehension, porque la naturaleza misma los inclina á obrar así; y si no usan de este mismo language todos los demas hombres, este es por lo comun el idioma de su corazón. Pero si acaso los mancebitos, deseosos de pasearse por el país de la felicidad, llegasen á lograr libertad, y dinero, y sin consideracion, ni otra guía que les enseñe el camino, emprendiesen este viage tan peligroso, ¿quién ignora el miserable fin que les espera? Este es el camino que los conduce á ser infelices para siempre. Una cosa es el desear la felicidad, y otra muy diversa el elegir los medios proporcionados para encontrarla; y por esto debe apreciarse tanto el estudio de la Filosofía Moral, por ser esta la que nos enseña el camino que derechamente nos lleva, y guía á la felicidad verdadera. Nuestro poderosísimo amor propio obra en nosotros naturalmente el continuo deseo de aspirar á ser felices; pero este amor en sí mismo es ciego, y si no tiene un buen

la-

lazarillo, que fielmente le guie; si no le lleva como por la mano la verdadera sabiduría, arrastrará dulcemente al que sigue sus pasos hasta dar con él en un precipicio. A este importantísimo punto es necesario dirigir toda nuestra atención, y cuidado, para aplicar con tiempo el remedio oportuno.

§. V.

EL deseo de la felicidad, hijo del amor propio, no solamente es comun á toda criatura racional, y laudable en sí, sino que segun la observacion de sabios Filósofos, es una señal nada equívoca de que nuestra alma no ha sido criada solamente para vivir pocos dias sobre la tierra, ni para el fin solo de hacer su papel en el teatro de este mundo. Aplíquese, y estudie el hombre, quanto le sea posible para ser feliz en este triste valle: goce quantas comodidades puede imaginarse: disfrute quantos placeres se le figuren; no por esto será feliz verdaderamente. Luego que haya conseguido un bien, en que cree haber hallado ya su felicidad, comienzan á punzarle los vivos deseos de conseguir otro. Inquieto siempre, jamas contento, á manera de un calenturiento enfermo, se vuelve de un lado al otro, sucediéndose unos á otros los deseos, y nunca encuentra descanso. Aquí, dice, tendré todo mi gusto, y reposo: aquí descansaré, y estaré sosegado; pero apenas logra la posesion de lo que deseaba con ansia, quando ya fastidiado lo desprecia, y viene al fin á conocer que le faltan muchas cosas para ser verdaderamente feliz. Finalmente, si el hombre tiene algun poco de juicio, despues que ha disfrutado todo el bien que puede dar de sí nuestra miserable tierra (la qual si produce algo dulce, es muy poco, y esto muy acibarado), viene á concluir repitiendo aquellas palabras del Rey mas sabio, dignas por cierto de tenerse siempre en la memoria. ¡O vanidad de vanidades, y todo vanidad! Esta es una clara señal, hablan-

blando ahora con el Apostol , de que no somos criados para habitar solamente en este mundo , sino que hemos de buscar otro alojamiento , que creemos por la Fe ser la verdadera , y perfecta felicidad. Sigamos entre tanto los pasos de nuestro amor propio , ocupado todo él en buscar la felicidad , y observemos sus fines , y los caminos que toma para lograr sus intentos , y en quantos arroyuelos de apetitos comunes á todos los hombres se derrama , y divide.

CAPITULO XIII.

Del deseo de los bienes , y del aborrecimiento de los males.

§. I.

Suelen los Peripatéticos distinguir en el hombre (no sabré decir si es oportuna , y adecuada esta distincion) dos apetitos diversos , uno intelectual , ó racional , por el qual se mueve nuestra voluntad á querer todo aquello que dice , ó tiene orden , y conformidad con la recta razon: al otro lo llaman *sensitivo* , por el qual la voluntades llevada hácia todo aquello que aprehendemos por medio de los sentidos. Dividen despues este último en dos partes ; esto es , en la concupiscible , que excita los movimientos del alma hácia todo aquello que se le presenta como provechoso , ó deleytable ; y en la irascible , de la qual nacen los movimientos del alma misma para evitar , ó sacudir de sí todo aquello que aprehendemos como molesto , ó dañoso. Lo mas curioso en este punto es , que como si se tratase de un Palacio reparten estos Filósofos las viviendas , ó aposentos , dando el quarto principal , ó superior al apetito racional , y al sensitivo un quarto inferior. Aun se lisonjean de señalarnos individualmente el asiento de la irascible , y concupiscible , ó en el corazon , ó en el hígado , ó en la cabeza,

za , y qué sé yo dónde mas. Por lo que á mí toca hallo estar bien pensada la division de la irascible , y concupiscible , y me valdré tambien del nombre de los apetitos sensitivos para significar el movimiento de nuestra alma hácia las cosas terrenas , bástandome el decir , que nuestro apetito universal esparcido en tantos particulares apetitos , ó bien se dirija á objetos intelectuales , ó bien á los corporeos , siempre debe ser regulado por la recta razon , y á esta debe siempre obedecer. Pero dexando á parte toda sutil , é intrincada disputa , paso , segun mi sistema , á la division de los apetitos humanos , hijos todos de aquel primario apetito , que llamamos amor innato , ó amor propio , el qual nada otra cosa apetece , y busca que nuestra felicidad propia : por lo que digo , que los dos apetitos mas señalados , y universales que se nos presentan , son en primer lugar el deseo de tener , y gozar todos aquellos bienes de que es capaz la humana naturaleza ; y en segundo lugar el deseo de no tener mal alguno , ó sea el aborrecimiento á todo aquello que es , ó puede ser nocivo , y molesto á nuestro individuo , y á todo lo que apetece. Pongo como diversos estos dos apetitos , bien que , como diremos mas abaxo , puedan reducirse á uno solo ; pero siendo esta distincion mas acomodada , de buena gana usaré de ella. En quanto al primero , es cosa cierta , y en que convienen todos los sabios , y aprobada de nuestra propia experiencia , que el objeto de la voluntad , que actualmente desea , es solamente el bien , y no nos movemos á desear alguna cosa sin que aprehendamos algun bien en ella. Esta inclinacion , y economía nos la ha dado , y continuamente nos la inspira nuestra propia naturaleza , y es como una consecuencia necesaria , que nace de aquel primer principio que arriba dexamos ya insinuado , esto es , del amor propio. ¿Quién habrá entre los hombres , que se desee el mal? Es verdad que muchos quieren , y eligen cosas , las quales no tienen la prerogativa del bien por sí mismas , antes tienen todas las qua-